

V DOMINGO DE PASCUA

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros
(Jn 13, 31-33^a.34-35)

ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 97,1-7)

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; revela a las naciones su justicia

ORACIÓN COLECTA

Señor, tú que te has dignado redimirnos y has querido hacernos hijos tuyos; míranos siempre con amor de padre y haz que cuantos creemos en Cristo, tu Hijo, alcancemos la libertad verdadera y la herencia eterna.

PRIMERA LECTURA (Hch 14,21b-27)

Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho por medio de ellos.

Lectura del Libro de los Hechos De Los Apóstoles

En aquellos días, volvieron Pablo y Bernabé a Listra, a Iconio y a Antioquía, animando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe diciéndoles que hay que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios.

En cada iglesia designaban presbíteros, oraban, ayudaban y los encomendaban al Señor en quien habían creído. Atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia. Predicaron en Perge, bajaron a Atalía y allí se embarcaron para Antioquía, de donde los habían enviado, con la gracia de Dios, a la misión que acababan de cumplir. Al llegar, reunieron a la comunidad, les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe.

SALMO RESPONSORIAL (Sal 144, 8-9. 10-11. 12-13ab)

R/. Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi Rey.

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. **R/.**

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles;
que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. **R/.**

Explicando tus hazañas a los hombres,
la gloria y majestad de tu reinado.
Tu reinado es un reinado perpetuo,
tu gobierno va de edad en edad. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (Ap 21,1-5a)

Dios enjugará las lágrimas de sus ojos

Lectura del Libro del Apocalipsis

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado, y el mar ya no existe.

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo.

Y escuché una voz potente que decía desde el trono:

–Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos.

Ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos.

Enjugará las lágrimas de sus ojos.

Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor.

Porque el primer mundo ha pasado.

Y el que estaba sentado en el trono dijo:

«Ahora hago el universo nuevo.»

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (Juan 13,34)

R/. Aleluya, aleluya

Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado yo, dice el Señor.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO (Jn 13, 31-33^a.34-35)

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros

Lectura del Santo Evangelio según San Juan

Cuando salió judas del cenáculo, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él (Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará). Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oh Dios, que por el admirable trueque de este sacrificio nos haces partícipes de tu divinidad; concédenos que nuestra vida sea manifestación y testimonio de esta erdad que conocemos

Prefacio Pascual

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Jn 15,1.5)

Yo soy la verdadera vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mi y yo en él, ése da fruto abundante. Aleluya

ANTÍFONA DE COMUNIÓN

Ven, Señor, en ayuda de tu pueblo y, ya que nos has iniciado en los misterios de tu Reino, haz que abandonemos nuestra antigua condición de pecado y vivamos, ya desde ahora, la novedad de la vida eterna.

Lectio

El presente texto está tomado del **Testamento de Jesús, de su Oración Sacerdotal**, cuando todo está a punto de cumplirse, de llegar al final de un proyecto, de un designio de amor. En este contexto de dramatismo y en **cena de despedida**, Jesús anuncia su pronta glorificación refiriéndose a su muerte y resurrección, y les deja a sus discípulos una consigna clara para cuando él falte: *amarse recíprocamente como Él amó*. Porque Él amó de otra manera, como nunca antes y nunca después. La novedad radical y escandalosa: amar hasta el final, hasta la locura de la cruz a cada persona, en los momentos sublimes como en los banales y cotidianos.

Como lo apasionante de ser cristiano, de seguir a Jesús, es que aquello que sucedió hace 2000 años, vuelve a suceder cuando por nosotros y por nuestra forma de amar y de amarnos, los hombres reconocen que somos de Cristo. Más aún: que somos Cristo, Él en nosotros y nosotros en Él. Es el acontecimiento que continúa hasta el final de los tiempos.

El evangelista Juan recoge parte de la conversación de Jesús con sus discípulos en la última cena: «*Amaos los unos a los otros como yo os he amado*». Un mandamiento que todos vemos muy bien, pero que en la práctica cotidiana deja mucho que desear.

Tratemos de profundizar y comprender lo que significa e implica para el cristiano de hoy poner por obra este mandamiento: “*Ámense los unos a los otros, como yo los he amado*”

Una condición, todos somos mendigos de amor en camino. «Les doy un mandamiento nuevo, que se amen como yo los he amado»: es una de aquellas enseñanzas que llevan la marca de Jesús. Palabras infinitas, en las que nos adentramos sigilosamente para tratar de comprender aquel *como yo* que marca la diferencia del amor verdadero. Pero por qué nuevo, si este mandamiento recorre toda la Biblia, hasta abrazar también a los enemigos: «*Si tu enemigo tiene hambre, dale pan de comer, si tiene sed, dele agua de beber*» (Prov. 25,21) ¿si desde siempre y donde quiera en el mundo las personas aman? La ley toda entera está precedida por un «eres amado» y seguida por un «amarás». «Eres amado», fundamento de la ley; «amarás», su cumplimiento. Jesús sabe que el hombre siendo creado a imagen y semejanza de Dios es capaz de amar, de dar amor y es también necesitado de amor, capaz de recibir amor. En esta realidad se juega la felicidad o infelicidad del hombre. Mandamiento, entendido no como una obligación, una imposición sino como el fundamento del destino del mundo y de la suerte de cada uno.

¿Qué nos sugiere el texto bíblico para hacer de este mandamiento una norma de vida, un modo de ser y estar frente a Dios y los hombres?

Lo primero es entrar en esta atmósfera en la que se respira Dios. Y no es un premio por mi buena conducta, sino un don sin un por qué. La realidad es que “estamos sumergidos en un océano de amor y no nos damos cuenta” (G. Vannucci).

El segundo paso lo indica un pequeño adverbio: Jesús no dijo *amen cuanto yo*, sino *ama como yo*. No es suficiente amar, podría ser también una forma de posesión de poder sobre el otro, un amor que toma y exige, y no da nada; existen también amores violentos y desesperados, tristes y hasta destructivos. Jesús ama con «ternura combativa» (Evangelii gaudium), a veces valiente como un héroe, a veces tierno como un enamorado, como una madre, que no se rinde, no se cansa, no se resigna a abandonar la oveja perdida, la persigue por zarzas y pedregales y encontrándola se la carga sobre la espalda, tiernamente feliz. Jesús nos muestra el amor del Padre amando, muestra su amor por la humanidad, entregándose sin tenerse nada para sí.

Tercer paso: *ámense los unos a los otros*. Expresión mayúscula, que se repite decenas de veces en el Nuevo Testamento y quiere decir: en la reciprocidad, mirándose a los ojos, cara a cara. *Ámense los unos a los otros*, en un intercambio de dones, porque dar siempre, dar sin recibir no es fácil, no siempre somos

capaces, somos todos mendigos de amor, de una felicidad que se pesa en la balanza preciosa del dar y del recibir amor.

Amar a los otros: no 'cuanto' sino 'como' ha hecho Jesús. Pero ¿es posible ordenar que amemos? Amar, en la lógica del Evangelio, no es una obligación, sino una necesidad para vivir, como respirar: «todos tenemos necesidad de mucho amor para vivir bien» (J. Maritain). Es mandamiento en el sentido de fundamento del destino del mundo y de la suerte de cada uno: *ámense los unos a los otros*, es decir todos, de lo contrario la razón será siempre del más fuerte, del más violento o del más astuto.

Jesús declara «Nuevo» este mandamiento. ¿En qué cosa consiste la novedad de estas palabras si también en la Ley de Moisés ya eran reportadas: amarás a tu prójimo como a ti mismo? (Lev 19,18; Deut 6,5).

Esa novedad la entendemos de las palabras siguientes. Jesús no dice simplemente “amen”. No es suficiente amar, podría ser solo una forma de posesión y de poder sobre el otro, un amor que toma y no da nada. El Evangelio agrega una palabra particular: *ámense los unos a los otros*. En una relación de comunión, en un cara a cara, un tú a tú, en la reciprocidad: amor dado y recibido.

Pero la novedad evangélica no se reduce solo a esto. Jesús añade el secreto de la diferencia cristiana: *como yo los he amado, así ámense los unos a los otros*. Lo específico del cristiano no es amar, ya lo hacen muchos, en muchos modos, bajo todos los cielos, sino **amar como Jesús**. No cuanto él, imposible para nosotros vivir su medida, pero cómo, con el estilo único de Jesús, con la revolución de la ternura combativa, con los vuelcos que ha traído. Ha hecho cosas que ninguno había hecho nunca: sí yo les he lavado los pies así también ustedes, háganlo (Jn 13, 14-15) a partir de los más cansados, de los más pequeños, de los últimos. De esto todos sabrán que son mis discípulos si tienen amor los unos por los otros. «No es suficiente ser creyente, debemos ser creíbles» (Rosario Livatino). Dios no se demuestra, se muestra. Cada uno debemos hacernos, como Él, historia inédita del rostro de amor de Dios, canal no obstruido, a través del cual el amor, como agua que fecunda, circula en el cuerpo del mundo.

Consigna: Amar al otro al estilo de Jesús. Si, ¿pero de qué amor? Si nosotros hoy confundimos frecuentemente el amor con una emoción, una limosna, un gesto espontáneo y ocasional de solidaridad. Amar sobrepasa todo esto, porque contiene la emoción del descubrimiento del otro porque para amar debo mirar la persona con los ojos de Dios, cuando adopto su mirada luminosa soy capaz de descubrir toda la belleza, la grandeza y unicidad en el otro. Entonces lo puedo amar, y en el amor el otro se convierte en mi maestro, aquel que me hace caminar por nuevos senderos. – Dejarse habitar por las riquezas del otro, y la vida se vuelve inmensamente más feliz y libre. Del mismo modo también los pobres que encontramos en el camino o el extranjero que llama a la puerta los puedo mirar como si fueran nuestros “Jesús” (María Oliva Bonaldo CM), y aprender a dar y a darnos como hacía Jesús: no como un rico sino como un pobre que recibe, como un mendigo de amor.

Dejarse amar para comprender la verdad. Con aquel amor creativo, que no mira nunca el pasado, sino que abre caminos. Amor que indica pasos, al menos un paso hacia adelante, siempre posible, en cualquier situación. Amor que te hace débil y muy fuerte también: débil hacia el que amas, pero en guerra contra todo aquello que hace daño.

El amor cristiano es ante todo un amor recibido, acogido que no nace de un esfuerzo de voluntad, reservado a los más valientes, porque el amor viene de Dios, no de mi bravura: amar comienza con el dejarse amar. No somos más valientes de los otros, somos más ricos, ricos de Dios. Es un amor que perdona pero que no justifica el error. Justifica la fragilidad, la mecha humeante, la caña vacilante, pero no la hipocresía de los píos y los potentes. Ama al joven rico, pero ataca los ídolos del dinero.

«*Ámense los unos a los otros*»: todos, ninguno excluido. Los unos a los otros significan además correspondencia. No somos llamados solo a gastarnos por los otros, sino también a dejarnos ama, pues es en el dar y en el recibir amor que se pesa la bienaventuranza de la vida. Solo quien se ha sentido amado gratuitamente es capaz de amar al otro en forma desbordante y generosa, así como Jesús que amó gratuitamente y siempre.

Amor es inteligencia y revelación, amar es comprender, acoger y aceptar al otro más a fondo: Como Jesús cuando hace surgir la verdad profunda de Pedro: « ¿Me amas tú, ahora?», “¿me amas más que

estos?" (Jn 21,15-17) Y no le importa cuando en el cortil de Caifás, la Roca, ha tenido miedo de una sierva. Amor que lee el hoy, e intuye el mañana del corazón. Y le repite a Pedro y hoy a mí: ¿Me amas? Porque tu deseo de amor es ya amar.

La "medida" del amar es amar sin medida. "Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros".-¿Por qué amar? Porque así hace Dios. La ley de la vida es actuar como Dios actúa, entrar en la misma corriente de Dios, ser luz de su luz: «queridos, si Dios nos ha amado primero, entonces también nosotros debemos amarnos los unos a los otros» nos los recuerda S. Juan (1 Jn. 4). El único lugar del que puede brotar el amor es la experiencia de haber sido amados y el dejarnos amar ahora, por Dios.

Amarnos los unos a los otros: los otros, todos, los justos e injustos, buenos y malos ricos y pobres (Mt 5, 45-4). El otro me preocupa, me incumbe, no cabe la indiferencia cuando se ama sin medida.

Los **cristianos aman al modo de Jesús**, reviviendo cada día el "como" él ha amado. **Esta es la escuela del amor. El amor es Él**: cuando lava los pies a sus discípulos, cuando se dirige a Judas que lo traiciona llamándolo: amigo, cuando ora por quienes lo matan. Se trata de tomar en mano el Evangelio y encontrar y recomponer todas las cartas del mosaico de cómo Jesús ha mostrado amor. Hay que intentar de nuevo cada día. Y lo intentaremos hoy.

En la vida práctica.

Agradezco al Señor la capacidad que ha puesto en mí para amarlo, y amar más y mejor a quienes de alguna manera están cerca de mí.

Imito a Jesús con un corazón misericordioso aceptando a los demás, como Él me acepta a mí.

Comienzo reparando las faltas de amor a las personas que diariamente me rodean. Pido perdón a Dios y a los hermanos

Apéndice

La vida nueva en el Espíritu (690; 733-741; 746)

Por su Muerte y Resurrección, Jesús es constituido Señor y Cristo en la gloria. De su plenitud derrama el Espíritu Santo sobre los Apóstoles y la Iglesia. «*Dios es Amor*» y el Amor, que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor «*Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*».

Cuando por fin Cristo es glorificado, puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en Él. Les comunica **su Gloria**, es decir, **el Espíritu Santo** que lo glorifica. La misión conjunta se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre en el Cuerpo de su Hijo: la **misión del Espíritu** de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir en Él.

Puesto que hemos muerto, o al menos, hemos sido heridos por el pecado, el primer efecto del **don del Amor** es la **remisión de nuestros pecados**. La Comunión con el Espíritu Santo es la que, en la Iglesia, vuelve a dar a los bautizados la **semejanza divina** perdida por el pecado. Él nos da entonces las «*arras*» o las «*primicias*» de nuestra herencia: la **Vida** misma de la Santísima Trinidad que es amar «*como Él nos ha amado*». Este **amor** es el **principio de la vida nueva** en Cristo, hecha posible porque hemos «*recibido una fuerza, la del Espíritu Santo*».

Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar **fruto**. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos «*el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza*». El Espíritu es nuestra Vida: cuanto más renunciamos a nosotros mismos, más obramos también según el Espíritu.

Por la comunión con Él, el Espíritu Santo **nos hace espirituales**, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna.

Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos **fundido** entre nosotros y con Dios ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible **lleva por sí mismo a la unidad** a aquellos que son distintos entre sí y hace que todos aparezcan

como una sola cosa en Él. Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual.

Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es **Cristo**, Cabeza del Cuerpo, quien **lo distribuye** entre sus miembros para **alimentarlos, sanarlos, organizarlos** en sus funciones mutuas, **vivificarlos, enviarlos** a dar testimonio, **asociarlos** a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. **Por medio de los sacramentos** de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo. Estas *maravillas de Dios*, ofrecidas a los creyentes en los Sacramentos de la Iglesia, producen sus frutos en la **vida nueva**, en Cristo, según el Espíritu.

La virtud teologal de la caridad (1812 – 1813; 1822 – 1829; 2067; 2074; 2196)

Las **virtudes humanas** se arraigan en las **virtudes teologales** que **adaptan las facultades del hombre** a la participación de la naturaleza divina. Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. **Disponen** a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como **origen, motivo y objeto** a Dios Uno y Trino.

Las virtudes teologales **fundan, animan y caracterizan el obrar moral** del cristiano. **Informan y vivifican** todas las virtudes morales. Son **infundidas por Dios** en el alma de los fieles **para hacerlos capaces de obrar** como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la **presencia** y la **acción del Espíritu Santo en las facultades** del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad.

La **caridad** es la **virtud teologal** por la cual amamos a **Dios** sobre todas las cosas, por Él mismo; y a **nuestro prójimo**, como a nosotros mismos, por amor de Dios.

Jesús hace de **la caridad el mandamiento nuevo**. Amando a los suyos *«hasta el fin»*, manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: *«Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor»*. Y también: *«Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado»*.

Fruto del Espíritu y plenitud de la ley, **la caridad guarda los mandamientos** de Dios y de Cristo: *«Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor»*. Los diez mandamientos enuncian las **exigencias del amor** de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo. El apóstol san Pablo lo recuerda: *«El que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, lo de: no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud»*.

Cristo murió por amor a nosotros *«cuando éramos todavía enemigos»*. El Señor nos pide que amemos como Él hasta a nuestros **enemigos**, que nos hagamos prójimos del más **lejano**, que amemos a los **niños** y a los **pobres** como a Él mismo.

El apóstol san Pablo ofrece una descripción incomparable de la **caridad**: *«La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta»*. *«Si no tengo caridad –dice también el apóstol– nada soy»*. Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma... *«si no tengo caridad, nada me aprovecha»*. La caridad es **superior a todas las virtudes**. Es **la primera** de las virtudes teologales: *«Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad»*.

La caridad tiene por **frutos** el gozo, la paz y la misericordia. **Exige** la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión.

El ejercicio de todas las virtudes está **animado e inspirado** por la **caridad**. Esta es *«el vínculo de la perfección»*; es la **forma** de las virtudes; las **articula** y las **ordena** entre sí; es **fuentes y término** de su práctica cristiana. La caridad **asegura y purifica nuestra facultad humana de amar**. La **eleva** a la perfección sobrenatural del amor divino.

La práctica de **la vida moral animada por la caridad** da al cristiano la **libertad espiritual** de los hijos de Dios. Este no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario en busca de un jornal, sino como un **hijo que responde al amor** del que nos amó primero.

Jesús dice: *«Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada»*. El fruto evocado en estas palabras es la **santidad** de una vida hecha fecunda por la unión con Cristo. Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la **norma viva e interior de nuestro obrar**. *«Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado»*.